

ni á la república, ni á la patria, sino á unos cuantos hombres de tribuna sin causa conocida, empeñados en discutir sobre ruinas mientras que los ejércitos enemigos se posesionaban de la capital, solo respondió á sus quejas y á sus protestas con la más marcada indiferencia.

XXXI.

La Fayette, tanto por su nombre como por sus antecedentes, era preciso que hiciese una protesta mucho más personal y más ruidosa; y en efecto, así trató de ejecutarlo estendiendo sus brazos y arengando al pueblo desde las verjas, mas el pueblo que ya no le conocía, permaneció tan sordo á su voz como las puertas de la Cámara. Parecía que todo se había cerrado para él durante su corta aspiración á representar un gran papel. Después de haber detestado á Napoleon, de haber acogido con placer la vuelta de los Borbones en 1814 y saludado al conde de Artois en las Tullerías, había negociado con empeño su candidatura para la Cámara de los representantes. Mostrándose receloso con Napoleon al mismo tiempo que le dejaba apoderarse del cetro y de la espada después del 20 de marzo, había logrado indisponer los ánimos de la asamblea contra el dictador, y espiado en él un momento de debilidad para ayudarle á precipitarse. Waterloo le presentó al efecto una ocasión oportuna, y él la aprovechó con un odio tan concentrado que ni aun le concedió el más pequeño homenaje á la desgracia. Defraudadas sus esperanzas después de la abdicación cuando creyó entrar á dirigir el nuevo gobierno y constituirse en árbitro entre la restauración y la libertad, volvió más tarde á esperimentar un nuevo desengaño en la tentativa de negociación que trató de entablar con los soberanos á

nombre de las Cámaras. Aseguraba, al regresar á París, que Sebastiani y él habían conseguido de los aliados la libre elección del príncipe que mejor le conviniese á la Francia; y cuando él, según dicen, pensaba designar al duque de Orleans como una desviación más del principio monárquico que siempre había tratado de amenguar y debilitar sin tener nunca la energía y franqueza suficiente para suprimirlo, los aliados se encargaban de dar el más completo mentís á semejante negociación, haciendo desalojar á la Cámara de las Tullerías ó instalando en ella unánimemente á los Borbones. La Fayette, al ver que había perdido su prestigio con el pueblo, se confundió silenciosamente entre la multitud, resignándose á asistir como un espectador cualquiera á la espulsión de una asamblea que él había agitado en otro tiempo y á la ruina de una causa que él había desarmado al desarmar á Napoleon.

Solo Fouché quedó triunfante de todos aquellos hombres que habían desaparecido, unos por su conspiración, otros por su fanatismo, aquellos por su ambición, estos por su inconsecuencia, y todos por su incapacidad. No les quedaba otro recurso que la murmuración, recurso que despreciaba Fouché, porque no teniendo conciencia, carecía de todo remordimiento.

Carnot, al saber que su colega era ministro de Policía de Luis XVIII y que estaba encargado de formar por sí las listas de destierro contra sus cómplices y sus colegas, presentóse en la audiencia de Fouché; una vez introducido en ella, le dirigió una mirada que dejaba traslucir todo el desprecio que escitaba en un alma sincera el éxito obtenido por su bellaquería política, y haciendo uso de aquel tosco tuteamiento antiguo y revolucionario á que aquellos dos republicanos se habían acostumbrado juntos en la Convención. «¿A dónde me destinas, traidor?» le dijo: «¡A donde quieras ir, imbécil!» le contestó Fouché. No parecía sino que respetaba lo bastante á Carnot, ó le

despreciaba demasiado para comprenderle en su lista de proscripción.

Bien sea falso ó verdadero este diálogo, es lo cierto que se halla consignado en la historia, y que califica de una manera admirable á aquel gobierno compuesto de un hombre hábil y astuto, y de otro simple y engañado siempre. A Fouché se le afrentaba, á Carnot se le hacia justicia.

LIBRO TREINTA.

Juicio sobre los cien dias.—Entrada de Luis XVIII en Paris.—Discurso de Mr. de Chabrol.—Contestacion de Luis XVIII.—Luis XVIII en Paris.—Aclamaciones de la poblacion.—Situacion politica del rey.—Actitud de Fouché.—Decretos reorganizando la pátria y convocando la Cámara de diputados.—El ejército del Loira.—Ordens del dia del mariscal Davout.—Sumision del ejército á Luis XVIII.—El ejército adopta la bandera blanca.—Blucher quiere hacer volar el puente de Jena.—Devastacion del Museo y de las bibliotecas.—Violencias de los prusianos.—Exacciones.—Prision de los prefectos.—Impuestos de guerra.—Ocupacion de Paris y de la Francia por los ejércitos aliados.—Licenciamiento del ejército del Loira.—El mariscal Davout es reemplazado por el mariscal Macdonald.—Negociaciones diplomáticas en casa de lord Castle-reagh.—Ultimatum de las potencias.—Mr. de Talleyrand se separa de Luis XVIII.—Córte de Luis XVIII.—Su familia.—Favor de Mr. Decazes.—Mr. Decazes.—Su retrato.—Ojeada sobre su vida.—Su entrevista con el rey.—Informe de Fouché.—Proscripciones.—Debilidad del rey.

I.

Tal fué el término que tuvieron los cien dias del segundo imperio de Bonaparte, que principió por un desembarco á mano armada y en medio de la mas completa paz, verificado en las playas de la patria, que triunfó por medio del soborno y de la sedicion promovida en el ejército, que se desgració por la traicion de algunos gefes, que se prolongó algo mas á favor de la servil sumision á